no sabemos en lo que han parado, y lo mas cierto será, que habrán vuelto al modo comun de los otros indios. Los frailes de nuestra órden hemos usado recebir por donados, ó á manera de ellos, algunos indios que se aplican á vivir entre nosotros recogidos, sin quererse casar, sino servir en nuestros monesterios como los frailes legos, lo cual no he visto en las otras religiones. Estos donados son de solo nombre, porque no hacen voto, ni se obligan á cosa alguna, ni la órden á ellos, mas de que se les da una túnica parda con que andan vestidos, y ceñidos con un cordon, y si prueban bien, perseveran en el monesterio, y si no, vuélvense al siglo. Yo he favorecido lo que me ha sido posible á los que han venido con esta devocion y buenos deseos á nuestra compañía, no faltando otros que han sido de contrario parecer, porque (como en otras materias se ha tocado) nunca el de los hombres suele venir á conformar en una cosa por acertada que sea. Lo que á mí me ha movido y mueve, es parecerme terrible inhumanidad, y de que Dios pedirá estrecha cuenta, querer privar á toda una nacion y gente innumerable, de todo recurso y ayuda para poder vivir religiosa y espiritualmente. Porque ya sabemos que fuera de las religiosas congregaciones y monesterios, quedándose los hombres en la conversacion y tráfago del mundo, por muy buenos deseos que tengan, por maravilla podrian vivir conforme á lo que pide y requiere el espíritu. Y á esta causa los hombres del siglo vienen á pedir el hábito de las religiones. Pues si estos miserables indios están ya del todo despedidos de profesar en alguna de ellas (porque en ninguna se admiten ni aun para legos), ¿no les ha de quedar siquiera este pequeño recurso á los que Dios llamare para se recoger, que anden con una tuniquilla, como familiares de la órden, sirviendo á los frailes? Mayormente siendo tan sin perjuicio de la religion, que en haciendo cosa que no deba, no hay mas dificultad que quitarle la túnica, y decirle que se vaya con Dios. El no consentirles túnica larga como hábito de fraile, ni manto, ni sombrero de fraile con que parezca fraile, muy bien me parece, y no dejarlos andar solos fuera del monesterio; pero en lo demas no sé en qué pueden tropezar ni hallar inconveniente. Añado otra vez, habiendo visto y experimentado el buen ejemplo que han dado, y provecho y servicio que han hecho los mas de ellos, que cuando pidieren en esta forma vivir entre nosotros, no se les debe negar. Los padres antiguos, primeros evangelizadores en esta nueva Iglesia, comenzaron á recebir algunos indios en esta forma de hábito de donados, y se hallaron bien con ello. Entre

Donados indios.

otros que recibieron, fueron dos hermanos, naturales de la provincia de Michoacan, llamados el uno Sebastian y el otro Lúcas, tan dignos de memoria como algunos frailes que en nuestra reputacion son tenidos por santos, porque ellos fueron ejemplarísimos en su vida, muy abstinentes, penitentes, devotos, grandes predicadores en su lengua tarasca y en la mexicana. Y aun entiendo que supieron otras lenguas de los bárbaros chichimecos, porque anduvieron entre ellos en compañía de religiosos, y entraron muchas leguas la tierra adentro entre los infieles, ofreciéndose á morir de muy buena gana en sus manos por amor de Jesucristo, y por el celo de la salvacion de sus ánimas. Estos dos indios (aunque no eran profesos) fueron siempre tenidos en reputacion y estimacion de frailes, por su mucha virtud y méritos, y cuando murieron se les hicieron los oficios y sufragios como si fueran verdaderos frailes. En lo de Jalisco hubo tambien otro indio, natural de Tuchpa, llamado Juan, que habia sido mercader, y gentil mozo, por lo cual le trataron muchos casamientos; mas él, teniendo propósito de guardar castidad, rogaba á Nuestro Señor que le diese gracia de servirle en continencia, y que si su Majestad fuese servido, le diese alguna enfermedad, por donde le dejasen en paz sus parientes y no tratasen de casarlo. Oyó el Señor sus oraciones, y dióle una enfermedad en la garganta, de la cual quedó muy feo, y así lo dejaron de importunar, y él se hizo donado nuestro. Y un religioso gran siervo de Dios (que lo tuvo por compañero estando ambos solos en una casa) nos certificó, que se hallaba avergonzado y confuso en ver los ejercicios de oracion mental, y disciplinas y otras muchas buenas obras que aquel indio hacia. Otros donados hemos tenido, y tenemos al presente, muy buenos hijos, trabajadores y ejemplares, y entre ellos otro Juan como el pasado, que si todos los frailes fuésemos tan celosos de las cosas de la religion, y tan observantes de lo que prometimos, como él (aunque no lo prometió), resplandeceria la órden de S. Francisco en el mundo mas que el sol. Mas por ser vivo no se especifica quién es y dónde al presente está.

CAPÍTULO XXIII.

De otros indios que han dado ejemplos de mucha edificacion.

Por no dejar otros buenos ejemplos que se me han ofrecido, y por no hacer muy largo el capítulo pasado, acordé hacer otro de esta

Ejemplos de señores que dejaron el mundo.

materia, que placiendo á Dios será mas breve, si la razon no me obligare á ser mas largo. Un mancebo llamado D. Juan, señor principal y natural de un pueblo de la provincia de Michoacan, que en aquella lengua se llama Tarecuato (como criado en la escuela de los religiosos), supo muy bien leer. Leyendo la vida del glorioso padre S. Francisco, que en aquella su lengua estaba traducida, vino en él tanta devocion y compuncion y tan ferviente espíritu, que muchas veces y con muchas lágrimas hizo voto de vivir en el hábito y vida que el padre S. Francisco instituyó. Y porque no se tuviese á liviandad su mudanza, perseverando en su propósito, dejó el hábito y ropa de señor que traia, y buscando sayal grosero, vistióse de él pobremente. Y luego á la hora hizo libres muchos esclavos que tenia, y predicóles y enseñóles la ley de Dios, y atrájolos cuanto pudo á la guarda de sus santos mandamientos, y rogóles que como buenos cristianos se amasen unos á otros. Díjoles tambien, que si él oviera tenido antes conocimiento de Dios y de sí mismo, que antes los oviera libertado, y que se dolia (siendo él pecador) de haberlos tenido por esclavos, siendo todos comprados y libertados por la sangre de Jesucristo. Y que de allí adelante supiesen que eran libres, y volviólos á amonestar con santas palabras, rogándoles que fuesen buenos cristianos. Entonces (el desnudo por seguir á Cristo desnudo) renunció tambien el señorío, y las joyas y muebles que tenia repartiólo todo con los pobres, y demandó muchas veces el hábito de la órden en Michoacan. Y como allí no se lo diesen, vínose á México, y en el convento de S. Francisco lo tornó á pedir, y como tambien allí se lo negasen, fuése con la misma demanda al santo obispo Fr. Juan Zumárraga, dándole cuenta de lo que tenia prometido. El cual viendo su devocion y constante perseverancia, cobróle mucha aficion, y si pudiera lo consolara. Empero ya sabia que los frailes no habian de venir en ello. De esta manera estuvo algun tiempo el bueno de D. Juan, perseverando con su capotillo de sayal, y dando siempre muy buen ejemplo, hasta que llegó la cuaresma, y se volvió á Michoacan por oir en su lengua los sermones de aquel santo tiempo, y confesarse, como lo hizo. Y despues de pascua tornó á un capítulo que se celebró en México, perseverando en su demanda. Y al cabo de su mucha diligencia, lo que pudo alcanzar fué, que con el mismo hábito ó trage que traia anduviese entre los frailes, y que si les pareciese tal su vida y perseverancia, entonces le darian el hábito de la probacion. La bondad de vida y la perseverancia no faltó en el in-

dio; mas despues de haberlo largo tiempo consultado y remirado, los frailes acordaron de disimular con él y dilatarle el cumplimiento de la promesa, por no abrir la puerta para otros, y así en su hábito de donado acabó la vida. En Tlaxcala, un D. Diego de Paredes, señor de muchos vasallos, habiendo sido gobernador de aquella provincia, con consentimiento de su mujer, pidió al guardian de aquel convento le dejase estar en un rincon de aquella casa para encomendarse á Dios y hacer penitencia de sus culpas. Y con licencia del provincial le dieron una celdilla en lo alto de los terrados, donde estuvo por espacio de cuatro ó cinco años sin tratar con gentes, ni bajar, sino solamente á oir misa por una ventanilla que está en un rincon del tránsito por donde bajan á la sacristía, de do se ve el altar mayor. Hasta que al cabo de este tiempo, la mujer, por verse sola (que no tenian hijos), y hallándose embarazada con el cuidado de sus haciendas, pidió (como por justicia) que se lo diesen, y así hubo de volver á su casa contra su voluntad. Mucho antes de esto (porque era en el año de treinta y seis), de la misma Tlaxcala salie- 1536.
ron dos mancebos criados y doctrinados en el monesterio, habiendo primero confesado y comulgado, y sin despedirse ni decir cosa alguna á sus deudos, se fueron mas de cincuenta leguas de allí, á do por ventura entendieron que habia mas falta del conocimiento de Dios por no haber allí religiosos de asiento, con celo de predicar la doctrina de su santa fe católica. Y despues de haber hecho fructo con su ejemplo y palabra, y padecido harto trabajo y mengua de mantenimiento por amor de Cristo, volvieron á su tierra, de que todo el pueblo recibió mucha edificacion, y particular contento los religiosos. Un indio, Miguel, natural de Cuatitlan, salió muy buen latino, y leia la gramática en el colegio de Tlatelulco. Este era muy buen cristiano, y amonestaba á sus discípulos el menosprecio del mundo. Cayó enfermo en la gran pestilencia, de que murió el año de cuarenta y cinco. Y estando ya al cabo de la vida, fuélo á visi- 1545.
tar y consolar el padre Fr. Francisco de Bustamante, y entre otras cosas díjole en latin que se doliese mucho de sus pecados. El indio le respondió tambien en latin, y con gran sentimiento, diciéndole: «Oh padre, por eso tengo yo gran dolor, porque no puedo tener tan grande arrepentimiento de ellos como yo quisiera.» Bendito tal dolor y tal aparejo, que no lo pide Dios mayor ni mejor para usar de misericordia con el pecador, cuanto mas con quien tan pocos pecados tenia como aquel pobrecillo en la vida y rico en la muerte. Cerca de las cosas arriba dichas, podríame argüir alguno, preguntar

y decir: «Venid acá, hermano; vos decís que los indios comunmente tienen muchas condiciones y inclinaciones naturales muy apropriadas para ayudarlos á ser buenos cristianos, y habeis traido ejemplos particulares de indios á quien Dios comunicó su espíritu, que tuvieron deseo de servirle, renunciando el mundo y siguiendo la vida evangélica. ¿Pues qué es la causa porque á estos tales no se les dará el hábito de la religion, no solamente para legos, mas aun para sacerdotes, como en la primitiva Iglesia se elegian los gentiles y judíos nuevamente convertidos á la fe para sacerdotes y obispos? Antes parece seria esto de mas provecho para la conversion y buena cristiandad de toda su nacion, por saber ellos mejor sus lenguas para les predicar y ministrar en ellas mas propria y perfectamente. Y porque el pueblo tomaria y recebiria la doctrina de boca de sus naturales con mas voluntad que de los extraños.» Á esto bastaba responder brevemente, confesando que así pasó en la primitiva Iglesia, y que entonces así convenia, porque Dios obraba con milagros en aquellos recien convertidos, y así eran santos, y se ofrecian luego al martirio por la confesion del nombre de Jesucristo. Mas en estos tiempos, la Iglesia, alumbrada por el Espíritu Santo y enseñada con la experiencia de los muchos reveses que se han visto en los nuevos cristianos, tiene ordenado, por determinacion de los Sumos Pontífices Vicarios de Cristo, que no se admitan á la profesion de las religiones los descendientes de cualesquiera infieles en el cuarto grado, y esto mismo particularmente tiene ordenado nuestra religion en sus estatutos. Pero aun más quiero yo añadir, y es, que puesto caso no se presumiese en alguna manera de los indios que habian de volver al vómito de los ritos y ceremonias de su gentilidad (que es por donde la Iglesia se mueve á privarlos de este beneficio), hay en ellos mas causa que en otros descendientes de infieles para no los admitir á la dignidad del sacerdocio ni á la de la religion, aunque fuese para legos, y esta es un natural extraño que tienen por la mayor parte los indios, diferente del de otras naciones (aunque no sé si participan de él algunos de los griegos), que no son buenos para mandar ni regir, sino para ser mandados y regidos. Porque cuanto tienen de humildad y subjecion en este estado (como lo habemos pintado), tanto mas se engreirian y desvanecerian si se viesen en lugar alto. Y así quiero decir, que no son para maestros sino para discípulos, ni para prelados sino para súbditos, y para esto los mejores del mundo. Es tan buena su masa para este propósito, que yo, pobrecillo inútil y bien para poco, con solo el favor

Indios, porqué no se admiten al hábito de las religiones.

del rey, y teniendo las espaldas seguras, como ahora las tenemos para no se poder ellos desmandar, me obligara con poca ayuda de compañeros de tener una provincia de cincuenta mil indios tan puesta y ordenada en buena cristiandad, que no dijeran sino que toda ella era un monesterio. Y que fuera á la manera de aquella isla, que algunos dicen encantada, y los antiguos llamaron Anthilia, que cae no muy lejos de la isla de la Madera, y que en nuestros tiempos la han visto algo lejos, y en llegando cerca de ella se desaparece, donde teniendo gran abundancia de todas las cosas temporales, se ocupan lo mas del tiempo en hacer procesiones y alabar á Dios con himnos y cánticos espirituales. Dicen hay en ella siete ciudades, y en cada una de la seis un obispo y en la mas principal un arzobispo. Y lo bueno es que al autor del libro de los reyes godos, que refiere lo que otros han dicho de esta isla, le parece seria cosa acertada que los reyes de España, nuestros señores, suplicasen al Sumo Pontífice mandase hacer ayunos y plegarias por toda la cristiandad, para que nuestro Señor Dios fuese servido de descubrir esta isla y ponerla debajo de la obediencia y gremio de la Iglesia católica. Igual fuera pedir á Nuestro Señor que á todos los indios los pusiera encubiertos, repartidos por islas de aquella misma forma y concierto, pues ellos vivieran quietos y pacíficos en servicio de Dios, como en paraíso terrenal, y al cabo de la vida se fueran al cielo, y se evitaran las ocasiones por donde muchos de los nuestros por su causa se van al infierno. Porque si en aquella isla se vive (segun se presupone) cristianísimamente, claro está que los moradores de ella viven debajo de la obediencia y gremio de la Iglesia católica, cuya principal cabeza (que es ese mismo Dios) tienen por Papa y Sumo Pontífice, y que poseen la suma felicidad que se puede desear en la tierra. Pues con esto concluyo lo propuesto, que los indios no son para prelados ni maestros, sino para siempre súbditos y discípulos, y para esto, en general, ningunos como ellos. Oido he decir de pocos dias acá, que no falta quien se ofrezca á sacarlos idóneos y suficientes para el sacerdocio, y quien á esto se ofrece, á harto mas se obliga que yo en lo que arriba dije, porque lo tengo por obra de solo Dios (que los puede trocar y hacer de otro natural) y no de hombres. Y pluguiese á su divina bondad, que esto fuese posible y lo mereciésemos ver. Mas miren lo que hacen los que en esto se pusieren, porque aquellos primeros pilares que el Señor fué servido poner por fundamento de este su edificio, aunque no presumieron de tanto saber como los modernos,

Isla encantada que llamaron Anthilia.

tuvieron el espíritu del Señor, y él los guió y enseñó en el modo que habian de tener para esta conversion. Á algunos de los indios criados y doctrinados de su mano, y al parecer bien inclinados, dieron el hábito de la órden para probarlos, y luego en el año del noviciado conocieron claramente que no era para ellos, y así los despidieron, y hicieron estatuto que no se recibiesen. Un gran letrado extranjero de los reinos de España que pasó á estas partes,[1] confiado de su saber, presumió afirmar que esta nueva Iglesia indiana iba errada por no tener ministros naturales de los convertidos, como la Iglesia primitiva; teniendo esta opinion, que á los indios se debian dar órdenes sacros y hacerlos ministros de la Iglesia. Y el doctísimo y religiosísimo padre Fr. Juan de Gaona lo convenció de su error en pública disputa, y lo obligó á que hiciese penitencia. Y esta su apología que puso en escripto, está en pié hoy dia entre nosotros. Mucho mas me he alargado de lo que pensé;
Eccles. 8. mas no está en mano del hombre atajar el espíritu. Concluyo con esto: que en los indios hallamos lo que en todas las demas naciones del mundo, que entre ellos hay de malos y buenos.

CAPÍTULO XXIV.

De algunas visiones y revelaciones con que nuestro Señor Dios se ha querido comunicar á los indios.

Prov. 3. Es tan agradable á los ojos de nuestro Señor Dios la simplicidad del corazon humano, que (segun lo dice el Espíritu Santo por
Simplicidad muy agradable á Dios. boca del sabio) sus pláticas y razonamientos son con los simples, y con ellos se comunica y conversa. Esto mesmo hallamos bien
1 Reg. 3. probado por ejemplos de la sagrada Escritura, así en la edad inocente de los niños, en lo que se dice en el primero libro de los Reyes, que la plática y conversacion de Dios con el niño Samuel
Marc. 20. era preciosa, y lo que leemos en el Evangelio, que el Hijo de Dios se regocijaba con los niños, y los abrazaba por su simplicidad, como
Job. 2. tambien en los hombres de edad, pues del santo Job, tan amigo de Dios, alabándolo el mesmo Señor de que no habia su semejante en la tierra, y singularizando las calidades y razones de su bondad
Matth. 18. y mejoría, pone por la primera que era simple. Y en tanta manera

1 Fr. Jacobo Daciano, dinamarqués.

pide esta simplicidad santa á los suyos, que les dice, que si no se convirtieren y volvieren en aquella simplicidad y sinceridad que tienen los niños, no entrarán en el reino de los cielos. Entre otras condiciones ó cualidades naturales que arriba dijimos se hallaban en los indios, era esta simplicidad ó falta de malicia, por do eran fáciles para ser engañados, á lo menos antes que nosotros los sacásemos de ella. Empero, dando mas quilates á esta natural simplicidad, y poniéndola en el grado y valor en que el Redentor del mundo la pide, digo que hemos hallado muchos indios y indias, en especial viejos y viejas, y mas de ellas que de ellos, de tanta simplicidad y pureza de alma, que no saben pecar; tanto, que los confesores con algunos de ellos se hallan mas embarazados que con otros grandes pecadores, buscando alguna materia de pecado por donde les puedan dar el beneficio de la absolucion. Y esto no por torpeza ó ignorancia, porque dan muy buena cuenta de la ley de Dios, y responden á todas las menudencias de que son preguntados, sino que ayudado su simple y buen natural de la gracia, ni saben murmurar, ni quejarse de nadie, ni reñir aun á los muchachos traviesos, ni perder un punto de la obligacion que la Iglesia les tiene impuesta. Y en este caso no hablo de oidas, sino de lo que tengo sabido por experiencia. Tales ó semejantes á estos deben de ser aquellos indios á quien Dios ha querido revelar algunas visiones provechosas para sí mesmos ó para otros sus prójimos, las cuales en tiempos pasados fueron muchas, segun lo dejó testificado el siervo de Dios Fr. To-
Visiones y revelaciones hechas á indios. ribio Motolinia en un su tratado *de Moribus Indorum*, como es ver al tiempo del alzar la hostia consagrada un niño resplandeciente, y ver tambien á nuestro Redentor crucificado con grandísimo resplandor, y ser visto en la misa sobre el Santísimo Sacramento un globo como llamas de fuego, y sobre el predicador, estándoles predicando, encima de su cabeza una muy hermosa corona que parecia de oro, y otras cosas semejantes á estas. Y entre las demas, cuenta de cierta persona que tenia por costumbre venir muy de mañana á la iglesia los domingos y fiestas, y como hallaba la puerta cerrada, rezaba por la parte de fuera, y alzando los ojos al cielo por dos veces, vió que se abria, y en aquella abertura le parecia que por la parte de dentro habia cosas de grandísima hermosura. En esta persona tal, bien se verifica aquello de la sabiduría: «Los que velando
Prov. 8. y madrugando de mañana me buscaren, hallarme han,» pues que viniendo de madrugada á buscar á Dios en su casa, por estar la puerta cerrada, hallaba el cielo abierto. En Tlaxcala, confesándose